

# EL ALMIRANTE MAZARREDO: UN MARINO PROFESIONAL EN UN MARCO ILUSTRADO

José CERVERA PERY  
Coronel Auditor de la Armada  
Jefe del Departamento  
de Cultura del Instituto  
de Historia y Cultura Naval

Situar a un personaje como el teniente general de la Armada don José de Mazarredo entre las coordenadas que marcan el título de la conferencia, no es tarea fácil y tal vez su propio signo determinante se preste al equívoco. Mazarredo es un marino profesional posicionado en el marco ilustrado de su época, que en buen parte va a condicionarlo, pero también podría hablarse de un marino ilustrado con una clara y decisiva actitud profesional reflejada en una asombrosa hoja de servicios. No podrán por tanto dissociarse ambos conceptos aunque sea difícil extraer desde la perspectiva del talante y conducta de los marinos de la Ilustración —de un determinado muestreo concretamente— las constantes de influencia en el contexto de la fenomenología social del siglo XVIII, e incluso en su proyección más allá del mismo. Entiendo por tanto necesario el análisis genérico de la condición y circunstancia del marino ilustrado en sí, como actitud previa para seguir la trayectoria específica de un determinado personaje del “status”; en este caso el del protagonista de esta conferencia, don José de Mazarredo.

Hay unas señas de identificación común en los marinos de la Ilustración, fácilmente advertibles. Su gestión se concreta y define en una excelente obra de artesanía científica o cultural, compatible y en algunos casos consecuencias de la misión profesional que tienen encomendada, manteniéndose una armonía equilibrada con cada individuo situado en el lugar que le corresponde, perfectamente encajado y preparado adecuadamente para cumplir su fin. Así, las críticas que formulan a los propios soportes básicos de la Marina, no plantean su desvinculación o su abandono, sino que por el contrario buscan fórmulas de mejoría y saneamiento que ellos mismos captan y conciben, incluso si es preciso, incorporando los elementos necesarios de novedad que hagan posible su asentamiento. Y es lógico que aunque les duela su decadencia y constaten sus efectos, no podrán concebir una Marina al margen de su condición social y por eso anhelan la recuperación de su papel esencial. Cierto que en muchos casos pretenden corregir estimulando o fustigando, pero ello no será más que la expresión sin reparos de su amor a la institución a la que pertenecen.

Los marinos ilustrados estructuran sus propios esquemas que habrán más tarde de desarrollar en tareas de revisión y reorganización, depurando, agilizando, sustituyendo, revitalizando...; restableciendo desde causa a efectos una escala de valores en los que descansan los resultados y consecuencias de la revalorización; porque estos marinos —y esto parece incuestionable— tenían una visión panorámica muy globalizada de los problemas nacionales, lo que implicaba un objetivo de fusión y coherencia de las distintas partes del todo; porque, como ha escrito Palacio Atard, hasta los más acérrimos defensores del tradicionalismo no desdeñaron nunca el progreso material y las ventajas introducidas en el siglo por los adelantos de la ciencia y técnica europea.

El marino ilustrado posee antes que nada espíritu de misión, tal vez conciencia de destino histórico, y aunque parezca contradictorio no es político. No hace política, como la harán con mayor o menor fortuna muchos de sus sucesores en el siglo XIX. En política —es evidente— no se puede ir de espontáneo, sino que es preciso poseer una formación profunda y saber hacer uso de ella. Nuestros marinos la tienen pero no la aplican. Les basta con moverse en el ambiente militar sin desdeñar por ello su formación intelectual o científica de la que en su momento habrán de dar cumplida prueba. Hay además un sentimiento que enraiza a estos hombres en profundidad como notas distintivas de una preocupación común. Les preocupa España y con España la Marina, que es medio esencial para su engrandecimiento. Lo saben y lo asumen desde una actitud personal en la que prima un raro sentido de búsqueda de perfección corporativa. Tal vez influya en su talante y gestión las frases de Campomanes de que “una nación vigilante y despierta cuyo pueblo esté instruido y ocupado en las artes de la guerra y de la paz, mientras permanezca unido a tales máximas, no tiene que recelar de sus amigos”.

Con respecto al papel de la Marina en el siglo XVIII, cuanto se hizo o se dejó de hacer y fue bueno o malo en el balance final, recae fundamentalmente —aunque no en su totalidad— en la línea de conducta de sus hombres, a veces amparados, a veces desasistidos por una coyuntura funcional de variopinto signo. Bajo el denominador común de muy similares rasgos y talentos se pueden conocer de cerca algunas de las cualidades genéricas que como hombres del siglo tuvieron, y a través de los más destacados buscar una aproximación al contenido de la gestión y a la huella que a la misma imprimieron. Este será el caso de don José de Mazarredo en su interrelación con sus contemporáneos, ya que un primer rasgo relevante de esta actitud es la notoria conexión que tienen entre sí. Navarro enraiza con Jorge Juan; éste con Ulloa; Malaspina depende en buena parte de Valdés; Lángara y Mazarredo se complementan y Valdés vuelve a resurgir con Mazarredo. Tofiño enlaza también de alguna manera con Malaspina, y Ulloa con Valdés. El destino a veces los une y vincula a empresas comunes que redundan en una mayor brillantez de ejecutoria. Pero el destino está también por encima de hombres y proyectos.

Una segunda característica de identidad es su excelente preparación, a veces también comunitaria, adquirida en un eficaz modelo de aprendizaje cuyo resultado fructifica al alcanzar los puestos más elevados con un conocimiento lo suficientemente realista y exacto como para poder enfrentarse con ellos, y sin que tengan que despojarse de esa impronta intelectual o científica que tanto prestigió a los marinos del setecientos. Tal vez sea como exponente de sacrificadas vocaciones, pero es el caso que hubo notables pensadores y literatos en la nómina ilustrada de la Armada que compatibilizaron ciencias, letras y técnica, sin menoscabo de ninguna de ellas.

Y un tercer factor aglutinante —primero quizá en orden de importancia— es el de la conjunción del patriotismo desbordado y generoso, el afán del buen servir con el pacto de sacrificio y renuncia a todo lo que no fuera vivir para la patria, y llegado el caso morir por ella. En auge o en crisis, en penurias o abundancias, una a veces no bien entendida o valorada reivindicación de actitudes críticas, será patrimonio de esta distinguida minoría, que, partiendo de ideas fundamentales compartidas, armonizando razón con tradición, luchando contra incomprensiones o malentendidos, entendieron y aceptaron la necesidad histórica de aquel profundo cambio que iba a hacer compatibles dentro de un encuadre castizamente hispánico, renovación de ideas con claridad de espíritu, y aunque algunos de ellos fueran tachados de afrancesados —y habría mucho que hablar sobre sus auténticas motivaciones— son los exponentes de una Marina culta, distinguida, refinada, instruida y competente y muy en la vanguardia de las de su tiempo.

Sentadas estas consideraciones, a mi juicio imprescindibles para captar la dimensión humana del personaje, podemos iniciar su andadura profesional y modelarlo en su comportamiento histórico. Si de la amplia nómina coetánea de marinos ilustrados, en un ejercicio de adjetivaciones, Juan José Navarro puede ser el precursor, Jorge Juan es el polifacético; Ulloa, el estudioso; Tofiño, el sabio; Malaspina, el adelantado de las expediciones científicas; Lángara, el forjador de una marina adiestrada; el Baylio Valdés, el organizador, y a Mazarredo —que tiene algo de cada uno de ellos— habrá que entenderlo como el reformador en letra y espíritu de la orgánica naval, aunque como digo, no le sean desdeñables tampoco buena parte de los adjetivos mencionados. Como ha escrito Fernández de Navarrete, “en sus cualidades personales aparecían reunidas la sinceridad y el candor con la prudencia y la penetración del héroe y el sabio”. Trazo tal vez ingenuo, pero que no deja de reflejar el concepto que aun sin demasiada perspectiva para la emisión de un juicio histórico, se tenía del marino.

José Domingo de Mazarredo nace en Bilbao en 1745. Es decir, con Felipe V aún en el trono (morirá al año siguiente) y cuando se ha realizado en buena parte el proceso de transformación marítima tras los planes del olvidado Tinajero, Patiño y Campillo, y Ensenada se perfila en un prometedor horizonte; y muere en 1812 en plena guerra de la Independencia con Fernando VII en su destierro de Valençay. En el capítulo de coincidencias,

Mazarredo ingresa en la Armada con catorce años, en el mismo año que muere Fernando VI, el pacífico restaurador de la Marina, con el que Ensenada ha podido desplegar su meritoria tarea, por lo que Mazarredo va a vivir intensamente el jirón de historia fundamentalmente comprendido entre la subida al trono de Carlos III y la paz de Versalles de 1763 en que juega un importante papel, por lo que de su larga y gloriosa carrera en el mando de buques y escuadras o hechos y comisiones de mayor relieve, no es posible hacer aquí ni siquiera un sucinto relato.

Mazarredo va a estar presente por tanto en todo ese fenómeno de cenit y ocaso de la marina borbónica, que si tardó —como dice Salazar— noventa años en crearse, se desmoronó en menos de diez. Pero las constantes navales de su resurgimiento están por encima de los determinantes de su declive gracias a los hombres —Mazarredo entre ellos— que supieron impulsarla. Debe recordarse que la Real Armada nace al principio del siglo XVIII dentro de los esquemas de una marina moderna o “de estado”; se organiza y consolida durante los siguientes decenios con Patiño y Ensenada; alcanza su máximo poderío, mayor que en época alguna de la historia militar de España, en 1790, con Valdés, y cae y desaparece en apenas un decenio. La marina se derrumba juntamente con la monarquía y por las mismas causas no alcanzó en el siglo XVIII a estructurar económicamente —comercio, industria y rentas reales— al Imperio, con la suficiente consistencia para resistir o superar a nuestros enemigos naturales.

Pero volvamos al personaje: hijo de hidalgos de buen linaje vizcaíno, su padre don Antonio José de Mazarredo y Morgán, alcalde primero de la villa de Bilbao, le aportaba además de su apellido originario, el de otros blasones de rancia estirpe como el de Salazar de Muñones, siendo de no menos notable alcurnia los maternos de Cortázar y Arandia. El niño creció por tanto y se educó en el ambiente ilustrado del Bilbao dieciochesco en el que la vocación marinera de la juventud era muy acusada como lo prueba el hecho de que fuesen en un buen número jóvenes vascos los integrantes de la primera promoción de la Real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz. Como ha escrito José María de Areilza, la vocación marinera era entonces tendencia común de las diversas clases sociales vascongadas. Los menestrales y artesanos tenían hijos en la mar sirviendo al Rey en las naves de la Armada o embarcados en los paquebotes y quechemarinos de la flota mercante. La nobleza y los hijosdalgos vizcaínos tenían a sus vástagos juveniles vistiendo el atractivo uniforme de guardiamarina en chambequines y fragatas de las escuadras del Rey: de aquí que desde su inicial compromiso juvenil hasta su muerte en época de madurez, la Marina determine la vida y circunstancias de Mazarredo con un recorrido pluridimensional en empleo y mandos hasta alcanzar la jerarquía de teniente general, a lo largo de más de medio siglo de notorios servicios a la Armada.

Desde su doble vinculación profesional o ilustrada, hay que distinguir en Mazarredo diversas facetas, algunas de ellas controvertidas en su momento, y puede decirse que aclaradas en la actualidad; y nos estamos

refiriendo a su pretendido afrancesamiento, en su participación como ministro de Marina del gobierno de José Bonaparte, lo que le hizo perder parte de la estimación con que le distinguían la mayoría de sus compañeros e incluso la amistad de los mejores de sus amigos. Pero si se tiene en cuenta la actitud de firmeza y decisión contra los planes de Napoleón —y ya hablaremos de ello— y el convencimiento de que una colaboración tan rechazada servía mejor los intereses de la Marina, posiblemente sin su intervención, sacrificada en todo al francés, puede encontrarse en su actitud disculpas justificadas, habida cuenta también la ingratitude de Carlos IV y de Godoy, que haciendo olvido de los brillantes dotes de Mazarredo y de los relevantes servicios que había prestado a España, se obstinó en mantenerlo durante seis años apartado injustificadamente de su destino, persiguiéndolo en su ostracismo en Bilbao y desterrándolo a Santander y Pamplona. La historia, que desmenuza y discrimina todas las conductas, ha hecho justicia a Mazarredo. Desde la perspectiva serena que el paso del tiempo y el conocimiento cierto que nuevas fuentes proporcionan, la actitud del marino ante el caos político que suponía el reinado de Carlos IV y el rumbo desatado de los acontecimientos, pudo ser, según la frase de un historiador, la actitud de un “afrancesado de puro patriota”.

Profesionalmente fue Mazarredo un excelente oficial de Marina en todos los aspectos; navegante, maniobrero y científico; pero sobre todo le corresponde la extraordinaria gloria de haber sido el primer jefe de nuestra Armada que se ocupó de temas orgánicos con claridad de juicio y aciertos indudables, estudiando los problemas planteados sobre esta materia, ordenando las escasas reglamentaciones existentes y dedicándose con tenacidad y constancia a prueba de entusiasmos, a redactar otras nuevas destinadas a asegurar el mejor funcionamiento de las escuadras en la mar y de su armamento en los arsenales, comprendiendo con acertada visión que una marina y una flota sin orgánica sirven para poco por muy poderosa que sean materialmente. La más importante de las realizaciones orgánicas de Mazarredo tiene aún frescura y vigencia, después de siglo y medio de su redacción. Me refiero a las Ordenanzas Generales de la Armada naval, vulgarmente conocidas como Ordenanzas de Carlos III, aunque realmente las publicara Carlos IV, y muchos de cuyos preceptos todavía se encuentran en vigor. Siete años de meditación y trabajos fecundos costó a Mazarredo y a sus colaboradores —entre ellos su fiel y entrañable Antonio de Escaño— la culminación de la obra, editada en dos tomos en la Imprenta Real, y que integran un perfecto y acabado estudio del arte marítimo de la guerra. El almirante Núñez Iglesias, a cuya inteligente erudición tanto debe la cultura naval de nuestros días, afirmaba “que las Ordenanzas perduraban a través de los años porque tenían espíritu”. Nada es tan exacto ni define mejor la sustancia de las mismas. Obra equilibrada y serena, saturada de cristiano españolismo —pleno apogeo del concepto de la Ilustración a la española y de prudente sabiduría—. Sus páginas, de un limpio castellano —sigue apostillando Areilza— ofrecen un contraste modélico a esa abigarrada literatura

oficial de todos los tiempos que se empeña en vestir sus disposiciones con el farrago de una prosa intransitable. Pues Mazarredo era también un pulcro y galano escritor a pesar de la vizcaína originaria que lastraba su facilidad literaria.

El examen de la vida militar de Mazarredo es una continua demostración de cómo el marino dedicó todos sus afanes y energías a la reconstrucción y reorganización de una marina cuya eficiencia desapareció a pasos agigantados y cuyos efectivos y armamentos eran cada día más reducidos; pero en esta tarea no estuvo solo. Como ha escrito el almirante Barbudo, biógrafo del marino —y ello abunda aún más en nuestra teoría de las fructíferas relaciones entre ilustrados—, Mazarredo buscará el ligarse repetidamente a lo largo de toda su vida profesional con los más distinguidos jefes de la Armada de la época en el afán común de un mejor servicio a los intereses patrios; y así surge su relación con Lángara que contribuye notablemente a la formación profesional de su juventud; con Valdés, durante cuyo ministerio desempeñó el bilbaíno varias de sus más importantes comisiones y con el que se carteaba cordial y frecuentemente. Pero es también con sus subordinados con los que Mazarredo comparte las duras tareas de organizar y adiestrar las fuerzas navales españolas de los últimos años del siglo XVIII (Esaño, Gravina, Churrua, Alava, Cayetano Valdés, Espinosa y Tello, Villavicencio, Grandallana, Hidalgo de Cisneros, etc.). Todo un amplio plantel que después habría de brillar por su sabiduría, el cultivo de las ciencias, o por su heroísmo en las acciones navales.

Puede comprenderse por todo ello la extraordinaria influencia que tuvo Mazarredo sobre la Marina en el ambiente de los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, ya que ejerció mandos de importancia sobre todo de escuadras de numerosos efectivos y complicado dispositivo orgánico, que modelan su personalidad y su carácter. Su genio organizador y su entereza frente a los gobernantes que mantenían la Marina relegada al olvido, hicieron posible que aquellas desarmadas escuadras pudieran rehabilitarse y hacer frente a los ingleses en Cabo Espartel y en Cádiz, y asimismo su energía —y ya hablaremos de ella— supo impedir, cuando Carlos IV era un juguete en manos de Napoleón, que la escuadra española, llevada con disimulados pretextos a Bres, fuese utilizada en arriesgadas y poco rentables empresas, que aunque interesaban mucho a Francia, hubiesen producido a España la pérdida de sus mejores navíos y de sus marinos más insignes. De la misma forma, cuando no se atendieron las indicaciones y consejos de Mazarredo sobrevienen los desastres, tras los cuales se vieron obligados a llamar al marino los mismos que no se fiaron antes de sus advertencias.

Pero junto al marino profesional de tan recia trayectoria, indisolublemente unida a su condición ilustrada, interesa también el panel del Mazarredo científico, del estudioso cuyo descanso, como escribe Navarrete, “fue promover con ampliación constante el desarrollo de la ciencia náutica, porque apenas hubo en el último decenio del siglo XVIII expediciones cientifi-

cas que no fuesen a propuesta suya o dirigida por sus informes". Esta imagen del estudioso acompañó a Mazarredo desde sus primeros años de oficial y ya durante un viaje a Filipinas en 1772 embarcado en la fragata "Venus" tuvo el mérito de la originalidad, al idear e introducir por primera vez entre los marinos españoles el método de las distancias lunares para la determinación de la longitud, teniendo que valerse para ello de los recursos de su ingenio y de cálculos sumamente complicados y difíciles; facultades de las que también hizo gala en un segundo viaje en la fragata "Santa Rosalía" destinada a una expedición científica por el Atlántico para practicar los adelantos alcanzados por la astronomía náutica, examinar las variaciones del imán y, al mismo tiempo, reconocer y situar la isla de Trinidad del Sur en los mares de Brasil, asegurándose de la hasta entonces supuesta existencia de otra isla llamada Asunción por algunos navegantes y que se creía situada al oeste de la primera. El papel desempeñado por Mazarredo en esta expedición fue destacado, habiéndonos dejado un detallado e interesante extracto del diario de navegación de su buque con todas las incidencias del viaje.

Pero cuando Mazarredo comenzó a emplearse a fondo en el estudio y la investigación fue en 1776, nombrado alférez de la compañía de guardiamarinas de Cádiz —de tan acrisolado renombre— y posteriormente comandante de la nueva compañía de guardiamarinas creada en Cartagena. En el desempeño de este último cargo escribió sus "Lecciones de navegación" resumiendo el "Compendio" publicado por Jorge Juan y añadiéndole cuanto se había adelantado desde entonces, especialmente en instrumentos de reflexión y sobre los métodos de observar la longitud. Asimismo firmó una "Colección de tablas para los usos más necesarios en la navegación" destinadas ambas obras a la enseñanza de los jóvenes dedicados a la carrera del mar, a los que él mismo hacía de maestro explicándoles no sólo la náutica sino la maniobra, para adiestrarlos en las prácticas navales. También en esta época salieron de la imprenta sus "Rudimentos de Táctica Naval para instrucción de los oficiales subalternos de Marina" que había escrito con anterioridad.

En 1786 fue nombrado Mazarredo comandante de las tres compañías de guardiamarinas, cargo que ejerció durante más de veinte años dirigiendo en ese largo período la instrucción y enseñanza de cuantos deseaban alcanzar el grado de oficial de la Armada. Son los años intensos del marino científico, del experto astrónomo, del brillante educador, al que van a pedírsele también otros servicios, al darse la especial circunstancia de su ascenso a oficial general (jefe de escuadra) cuando solamente contaba treinta y cinco años de edad. Sus inmejorables condiciones, puestas de manifiesto en destinos pudiéramos decir "estáticos", de mucha meditación y estudio, van a verse refrendadas en cometidos de un mayor dinamismo y actividad, al hacer que de almirante ejerza muchos mandos de mar. Y siendo la función fundamental del oficial de Marina la de llegar a ejercer el mando que sólo se aprende con la práctica de su desempeño, puede comprenderse por ello cómo Maza-

rredo tras prolongados mandos de escuadras tuvo que llegar necesariamente a poseer —y su hoja de servicios es un buen exponente— excepcionales dotes de organizador a bordo.

Ascendido a teniente general, llega el marino al apogeo de su carrera militar cuando Europa entera se conmueve con el regicidio de París, y cuando Luis XVI cae en la guillotina, Mazarredo es el jefe de la Escuadra del Mediterráneo. Sus tirantes relaciones con Godoy son notorias al estallar la guerra entre España y la Francia revolucionaria, y al firmarse la Paz de Basilea dimite de su puesto por discrepancias con el Príncipe de la Paz, al que acusa de inepto y frívolo. Se aceptó su dimisión y se le mandó a Ferrol con prohibición de entrar en la Corte. Lágrimas de sangre —dice Fernández Navarrete— costó a España esta separación, pues terminada la guerra de Francia, la primera operación de la que se declaró a Inglaterra poco después, fue el desgraciado combate del cabo San Vicente (14 de febrero de 1797) librado entre las escuadras española de Córdoba e inglesa de Jerwis. Las consecuencias de este desdichado combate proporcionaron a Mazarredo la obligada reparación ante tan injusto trato anterior. Se le mandó volver a Cádiz, reorganizar los restos de la escuadra y ponerla en estado de combatir. Y nuevamente surge el organizador, esta vez planificado por los compases de los zafarranchos y apagapenoles. Una de las medidas más útiles que adoptó fue la de armar un buen número de lanchas cañoneras que apostó en diversos puntos de la bahía gaditana, ya que desde el combate de San Vicente los ingleses tenían bloqueada la ciudad. Quedó entonces demostrada la utilidad de las fuerzas sutiles que no sólo impidieron los bombardeos, sino que adelantándose hasta sus mismas líneas les acucieron con su incesante fuego. El arrojo y bizarría del marino, bien pronto anduvo en coplas populares gaditanas, que aunque todavía no hablaban de bombas de fanfarrones y gaditanas haciéndose con ellas tirabuzones, sí cantaban aquello de “¿de qué sirve a los ingleses, tener fragatas ligeras, si saben que Mazarredo, tiene lanchas cañoneras?” Nombrado capitán general del departamento de Cádiz, sus inclinaciones científicas volvieron a tener campo abonado, proponiendo al gobierno se trasladasen al Observatorio astronómico de la isla de León (hoy San Fernando) los instrumentos del antiguo de Cádiz y los oficiales destinados a la redacción de las efemérides; agregándose además a este establecimiento dos operarios especializados en relojes marinos y un instrumentista, todos ellos auténticos artistas en su género, que a petición suya habían sido enviados a instruirse con los mejores maestros franceses e ingleses.

De Cádiz habría de partir Mazarredo con el mando de la escuadra a su famosa misión militar y diplomática en Brets. Fondean los navíos y Mazarredo sale para París. Nombrado plenipotenciario cerca del Directorio, su talante ilustrado y su despierta inteligencia admira al Primer Cónsul, pero no queriendo ser cómplice de lo que puede presumirse una entrega vergonzosa a Bonaparte, vuelve a España y pide el retiro; pero su retiro conlleva el destierro y la persecución por parte del todopoderoso Godoy.



Y hay que encarar, casi en los últimos años de su vida, el momento difícil de su afrancesamiento —el hombre y su circunstancia— que yo no me permitiría emplear como término peyorativo, pues quiérase o no, el afrancesamiento circunstancial y de buena fe del marino —que ha asistido desde su ostracismo y amargura a la triste derrota de Trafalgar, y a la tremenda descomposición de la monarquía española juguete en manos de Napoleón— no puede ensombrecer su españolismo a ultranza, del que tan sobradamente ha dado pruebas. Y que paradójicamente va a ofrecer otra importante muestra, cuando liquidado el pleito dinástico en Bayona y Bonaparte trate de rodear a su hermano José de los mejores cerebros españoles (lo que va a conseguir en escasa medida), señale sin vacilar el nombre de aquel general que en París defendió tan tenazmente el honor y la independencia de la Armada española, dando además todo un curso de estrategia a los almirantes del Directorio. Hay sobradas pruebas de que Mazarredo, perseguido por el encono oficial, recibió el nombramiento de ministro sin entusiasmo y posiblemente como último *acto de servicio* trabajando denodadamente para lograr *desde dentro* lo que no le hubiera sido posible ordenar desde fuera; evitando mayores males y conjurando peligros y pérdidas graves que sin su presencia en el ministerio habrían sido muy acusadas. Afrancesado como mal menor, tuvo en todo momento un gran corazón español, que aun sirviendo a una causa impopular, seguía estando al servicio de su patria.

Es indudable que sin este postrero episodio de su vida, mal juzgado o interpretado hasta épocas recientes y en el que el destino le marcó un papel decisivo, el nombre de Mazarredo figuraría por derecho propio al lado de los más ilustres varones del botón de ancla. En sus cartas de aquella época, Mazarredo deja ver su agitación interior y su dolor de español. Se ve flaquear lo que el creyó en principio que era fe en la causa de José Bonaparte; pero a pesar de su desilusión y de sus dudas, es cierto que le faltó la decisión para tomar una determinación final en el sentido de retractarse, actitud que le hubiera valido la general estimación y que le hubiese permitido volver como hijo pródigo al seno de una corporación a la que tanto y tan bien había servido. Sin embargo, y a pesar de todo, historiadores tan importantes y próximos a él como Fernández Duro y Fernández de Navarrete rehabilitan su nombre y ensalzan su memoria, y otros historiadores españoles sin afinidad con la Marina —Gómez de Arteche y el conde de Fernán Núñez— lo elogiarán asimismo. Y en cuanto a los extranjeros Gerin y Romey, lo citan como uno de los valores más insignes de finales del siglo XVIII. El primero dice de él: “El hábil y bravo Mazarredo, uno de los marinos más consumados de España”; y el segundo: “El inclito Mazarredo era consumado maestro en los ramos de la náutica y con especialidad de la táctica naval, ciencia que vino a plantear en España con una superioridad incomparable. Y en nuestros días Vallejo Nágera en su novela “Yo, el intruso”, realiza un buen perfil psicológico, destacando unas cualidades que no era preciso insistir, eran bien patentes y notorias.

Mazarredo murió en Madrid en 1812, en el mes de julio, cuando la estrella napoleónica se iba extinguendo en el horizonte sombrío de Europa, y negros nubarrones van a ceñirse también sobre España, con la vuelta del Deseado que a la corta se convertirá en el Indeseable. Pero esto ya es harina de otro costal. Ha escrito Avilés en "Nueva historia de España" refiriéndose al marino de una época que va a cerrar las páginas del siglo, al ilustrado en suma, que es "minoría selecta que sopesa y razona", pero también viajan, conversan, y sobre todo estudian mucho y leen libros. Los marinos de la Ilustración, de los que he tomado a Mazarredo como muestra, querían y comenzaban a profesar ideas nuevas en el campo científico, económico y hasta social; estaban de acuerdo con las reformas; pero eran muy pocos los que ponían en duda la fe católica; eran católicos aunque de espíritu liberal, encuadrándose por tanto en el marco de una Ilustración "a la española" a estilo y semejanza de los Feijóo, Jovellanos y Campomanes; porque la Ilustración en España aunque parezca paradójico no se redujo a beber en las fuentes de los enciclopedistas franceses ni fue totalmente antirreligiosa o simplemente deísta. El padre Batlleri ha resumido la cuestión diciendo que con referencia a toda Europa se puede hablar de una corriente ilustrada dentro del cristianismo y aun del catolicismo. La Ilustración española fue cristiana porque sus valedores no aceptaron nunca la carga deísta de los enciclopedistas franceses o sus colegas ingleses. Y dentro de este marco se van ganando batallas en la apertura de las ideas gracias a los Mutis, Malaspina, Jorge Juan, Ulloa, Tofiño, Ciscar, Valdés, Mazarredo... Para que sea precisamente un marino, Jorge Juan, el que junto a Clavijo, Alea, Piquer y Feijóo sostenga la compatibilidad de la ortodoxia con los avances científicos y también la compatibilidad entre la admiración y crítica de lo extranjero con el elogio y reproche de lo español.

¿Hasta qué punto pues —y partiendo de la figura estudiada de Mazarredo— es representativa de la inserción de la Marina en la sociedad ilustrada del siglo XVIII? Sería tema no de una conferencia, sino de todo un ciclo, y yo no voy a abusar más de la benevolencia de ustedes. El cultivo de las ciencias exactas y aplicadas, los viajes de estudio e investigación y la experimentación de nuevas técnicas navales son exponentes de una labor que quedará patente como voluntad reformadora de una época, pero cuyos resultantes quedarán también por debajo del empeño. En este como en otros aspectos, el balance de la Ilustración ha de desglosar los resultados ideológicos que suponen una indudable modernización en todos los órdenes del balance de las realizaciones concretas. La última década del siglo XVIII será una de las más brillantes de nuestro pasado científico, pero al mismo tiempo la Armada que tanto contribuyó a su esplendor va a recibir nuevas y dolorosas heridas en las que incomprensión e ingratitud navegarán parejas sobre aguas tumultuosas. Pero para la Marina ilustrada, para los hombres que le insuflaron un espíritu renovador y brillante, las constantes de la inquietud cultural e intelectual, razón de ser de los imperativos sociológicos en los que la mar actúa como elemento integrador, seguirán

abiertas a más ambiciosos horizontes. El conocimiento pleno y aceptado del valor y alcance de un sentido histórico, será su grandeza, pero es también su servidumbre.

Muchas gracias